

CONFERENCIAS CÉLEBRES

Continuamos esta sección de la revista, dedicada a Conferencias célebres impartidas en la Universidad Autónoma de Madrid a lo largo de su historia, bien como Lecciones inaugurales de curso académico, o bien impartidas en su investidura por Doctores Honoris Causa nombrados por esta universidad. Se trata por tanto de conferencias con importantes contenidos relacionados con la ciencia y el progreso del conocimiento, e impartidas por personalidades ilustres del mundo académico, científico o social.

En esta ocasión publicamos el Discurso de Investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad Autónoma de Madrid en 2022, del Dr. **Richard L. Kagan** Catedrático de Historia Moderna en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore.

DISCURSO DE INVESTIDURA COMO *DOCTOR HONORIS CAUSA* POR LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

de

Richard L. Kagan

Catedrático de Historia Moderna. Universidad Johns Hopkins de Baltimore

FAMOSA FILADELFIA: LA CIUDAD EN LAS REVOLUCIONES HISPANOAMERICANAS

Querida Rectora,
Queridos Vicerrectores,
Miembros de la Facultad de Filosofía y Letras,
Señores y Señoras:

Es para mí un inmenso placer, y un honor singular, estar aquí con ustedes esta mañana. Antes que nada, me gustaría expresar mis agradecimientos profundos a mi padrino, el Prof. Antonio Álvarez-Ossorio, por las palabras tan innecesariamente generosas con las que ha resumido mi obra y mi carrera como historiador.

Hace unas semanas, cuando empecé a considerar el tema de mi presentación de hoy, pude averiguar que varios otros historiadores que me antecedieron en ser honrados con un doctorado *honoris causa* de la Universidad Autónoma, aprovecharon la ocasión para ofrecer una presentación de carácter autobiográfico, o por lo menos, para mirar atrás y hacer un balance que ubicase su propia obra dentro del contexto historiográfico más amplio. Yo, por mi parte, en vez de optar por una de estas dos opciones, he considerado que sería más interesante ofrecerles el día de hoy una breve introducción a un capítulo en la historia de Filadelfia, ciudad estadounidense en la que vivo desde mi jubilación de la universidad de Johns Hopkins en 2013. Aquel capítulo es uno en que la historia de Filadelfia y la de España estuvieron especialmente entrelazadas. Me refiero a los años de las grandes revoluciones atlánticas, época en la que Filadelfia jugó un papel clave, tanto para el imperio británico, como para el español.

Permítanme que inicie la charla de hoy relatando algunas de las experiencias de quien llegara a ser primer presidente de la República Independiente del Ecuador, Vicente Rocafuerte. En junio de 1821,

Rocafuerte viajó desde La Habana a Filadelfia, con el propósito de aprender algo sobre el sistema de gobierno de la entonces joven república de los Estados Unidos, y al mismo tiempo informarse sobre los hechos y hazañas de Washington y los demás Padres Fundadores del país. Durante los siguientes tres años que estuvo en la ciudad, Rocafuerte se dedicó entre otras cosas a visitar escuelas, hospitales y otras instituciones públicas que, como hijo de la Ilustración, Rocafuerte consideraba debían constituir los cimientos de sociedad moderna y democrática. Asimismo, aprovechó su estancia para establecer relación con los hombres cultos de la ciudad y entablar contacto con un grupo nutrido de hispanoamericanos que como él se habían instalado en Filadelfia a fin de aprender algo sobre la democracia norteamericana a través de la observación personal y directa.

Sobre la base de estas experiencias, Rocafuerte no tardó en redactar y publicar en Filadelfia una serie de tratados, entre ellos uno titulado *Ideas necesarias a todo el pueblo americano independiente que quiera ser libre*. En esta obra, además de ofrecer argumentos a favor de la independencia de los territorios hispanoamericanos, Rocafuerte incluyó a modo de apéndices traducciones de documentos fundacionales en la Historia de los Estados Unidos. Estos incluían el famoso panfleto revolucionario de Tomas Paine, *El Sentido Común*, la Declaración de Independencia de 1776, los Artículos de la Confederación de 1778, y la Constitución Norteamericana de 1793. Si bien estos aspectos del tratado han sido bien estudiados, menos atención ha merecido el prólogo de la obra, que incluye una especie de homenaje a la misma ciudad de Filadelfia. A la letra, Rocafuerte dice en el prólogo:

“...¿Y en dónde puedo encontrar recuerdos más sublimes, lecciones más heroicas y más digna de imitación, y ejemplos más análogos a nuestra actual situación que en esta famosa Filadelfia? Sí, en esta misma ciudad, asilo de los oprimidos, centro de las luces, baluarte de la libertad, el genio de la independencia alzó el cuatro de julio de 1776 su agosta voz.”¹

Hace unos meses, cuando por primera vez me topé con estas palabras, quedé asombrado. Debo decir que hace unos años que vivo en Filadelfia, no muy lejos por cierto de la casa en que residió Rocafuerte, y a pesar de haber asistido a no sé cuántos seminarios y conferencias sobre las diferentes maneras en las que la ciudad contribuyó a la independencia de los EE.UU., nunca nadie había hecho referencia a la cita tan tremendamente contundente de Rocafuerte.

Lo que me interesa particularmente de la cita es la manera cómo Rocafuerte define Filadelfia. Rocafuerte no evoca la dimensión física de la ciudad, es decir, su urbe; tampoco se refiere al carácter de sus vecinos, es decir, a la *civitas*. Más bien, el autor alude a Filadelfia como un símbolo, como una idea, o *notio* en latín; más concretamente, como una metáfora de libertad y democracia. En cierto modo, ésta sería la misma Filadelfia que el [jesuita] peruano Pedro Vizcardo y Guzmán (1748-1798) evocaría en la portada de su *Carta a los españoles americanos*. Vizcardo, como se sabe, compuso su famoso panfleto originalmente en francés y lo imprimió en Londres, pero en una edición póstuma que señalaba falsamente “Philadelphie” como el lugar de impresión, aparentemente porque Filadelfia encarnaba perfectamente el argumento de Vizcardo y Guzmán en el sentido de que las colonias hispanoamericanas debían seguir el modelo de las colonias inglesas y declarar su independencia del tiránico reino de España.

2

Desde hace mucho tiempo, historiadores de ambos lados del Atlántico han dedicado una multitud de estudios a escritores como Rocafuerte y a las ideas e ideologías de tendencia liberal que sirvieron como catalizadores de las revoluciones hispanoamericanas de la época. No pretendo tener totalmente controlada esa bibliografía, es demasiado extensa, y el tema, debo confesarlo abiertamente, es nuevo para mí, y apenas lo he tratado en mis estudios anteriores. Pero al leer la descripción que de Filadelfia ofreció Rocafuerte, inmediatamente entendí que había encontrado la semilla de esta presentación.

1 Vicente Rocafuerte, *Ideas necesarias a todo pueblo americano independiente que quiera ser libre* (Philadelphia: D. Huntington, 1821), prólogo.

2 Pedro Vizcardo y Guzmán, *Lettre aux Espagnols-Américaines* (Philadelphie, 1799).

En los últimos años los historiadores han dedicado, y siguen dedicando, gran cantidad de estudios a la historia del mundo Atlántico en la época revolucionaria, representándolo, como de hecho lo era, como un mundo interconectado, marcado por el movimiento de navíos, mercancías, personas (tanto libres como esclavas), y junto con ellas enfermedades como la fiebre amarilla enfermedad que, en el año de 1792, fue transportada en una solo barco desde una isla cercana a la costa occidental del África a través del Atlántico a nada menos que Filadelfia, donde dicho barco desembarcó en el verano de 1793 y causó en unos pocos meses la muerte de casi cinco mil habitantes, más del diez por ciento de la población.

Aquellos historiadores que han abordado estas interconexiones o, para utilizar la expresión en francés, estas *histoires croisées*, ya sea a través del estudio del comercio, o de la propagación de enfermedades como la fiebre amarilla, no han dejado de resaltar la importancia que cada uno de los distintos lugares que configuraban el espacio Atlántico jugó en estos intercambios. Por ello, llama la atención que estos estudios hubiesen olvidado, o al menos descuidado, la importancia que el *lugar* —place en inglés— jugó en la transmisión de las ideas. En vista de ello, esta ponencia busca colocar la noción de lugar en un primer plano. Así, colocando la noción de lugar en un primer plano, en lo que queda de esta presentación me gustaría explorar, aunque sea de una manera preliminar, el papel que Filadelfia desempeñó como urbe, y como *notio* en el mundo hispánico durante la época revolucionaria.

Como es de sobra conocido, Filadelfia, entendida como lugar, estuvo en el centro de la formación de los Estados Unidos como país independiente y democrático. Fue allí donde se reunió el Congreso Continental, cuyos miembros firmaron la Declaración de Independencia el 4 de julio de 1776; fue allí también donde, en 1778, se ratificaron los Artículos de la confederación entre las colonias transformadas en estados bajo los auspicios de un gobierno federal; Filadelfia fue asimismo el lugar donde en 1787 los delegados de estos nuevos estados redactaron la constitución, pactada en 1793 y que gobernaría el país ahora independiente; por último, hasta 1800, cuando la sede del Gobierno federal se trasladó a la nueva ciudad de Washington, Filadelfia sirvió como capital federal de los EE.UU.

A pesar de la pérdida de la capitalidad —y en ese sentido la situación de la ciudad fue análoga a la que atravesó Toledo cuando Felipe II decidió trasladar la corte desde la antigua ciudad imperial a la Villa de Madrid, en 1561, Filadelfia no perdió la importancia adquirida en años anteriores. Todo lo contrario. El entorno y la población de la ciudad siguieron creciendo, de modo que para el año 1820, se calcula que Filadelfia llegó a albergar a casi 100.000 habitantes. Asimismo, la apertura en la ciudad del primer Banco de los Estados Unidos la ayudó a retener su importancia como centro financiero del joven país. Mientras tanto, la economía urbana prosperaba, gracias en gran parte a la importancia de su puerto, y al papel que comerciantes naturales de la ciudad continuaron desempeñando en el comercio atlántico, tanto en el hemisferio norte con Europa y el Mediterráneo, como en el hemisferio sur, es decir, con el Caribe y América del Sur. A partir de 1790, cuando el gobierno español abrió sus puertos a los barcos de poderes neutrales, los comerciantes de la ciudad de Filadelfia se contaron entre los principales beneficiarios de la nueva política. A Cádiz llegaban mucho más barco de Filadelfia, que de cualquiera otra de las ciudades portuarias norteamericanas. Lo mismo ocurrió en Cuba: un quinto de todos los barcos norteamericanos que llegaron a la Habana al fin del siglo XVIII, por ejemplo, procedían de Filadelfia.

Dado su prosperidad económica y destacado rol que jugó Filadelfia en el comercio atlántico, no es de extrañar que los viajeros de la época se volcaran a destacar las bondades de la ciudad. En 1785, por ejemplo, Filadelfia impresionó al fraile canario Antonio José de Ruiz de Padrón, quien la describió como ciudad floreciente y populosa; y ocho años más tarde, el futuro revolucionario venezolano, Francisco de Miranda, insistió en que la ciudad era sin disputa la mayor y más hermosa de todo este continente, además de ser la más agradable y bien ordenada población de todo el mundo. Miranda reparó también en la igualdad y regularidad de las calles arboladas y pavimentadas, todas rectas y cortadas [en] ángulos rectos, en referencia al plan original trazado en 1682 por Guillermo [William] Penn, quien muy probablemente se inspirará en el trazado en damero típico de las ciudades hispanoamericanas. A Miranda también le llamaron la atención las casas aseadas entiéndase adosadas y de buen gusto, de arquitectura

lisa y llana, es decir, uniformes. Miranda notó también que muchas de las casas contaban con sus propios jardines, y estimó que el de la casa de Don Francisco Rendón, ministro de Carlos IV en Filadelfia, era el mejor de todos.

Con todo, Filadelfia estaba lejos de ser una utopía. Miranda se quejó, por ejemplo, de la falta de un teatro y otras diversiones populares, cosa que atribuyó al sistema cuaquereano. Estas carencias eran sin embargo compensadas por las demás atracciones que ofrecía la ciudad, entre las que se incluían los bailes y fiestas privadas donde Miranda, hablando francés, pudo conocer a varios miembros de la alta sociedad de Filadelfia: ricos mercaderes, científicos destacados como el médico Benjamin Rush y el famoso astrónomo David Rittenhouse; y políticos de la talla de George Washington; así como algunas guapas muchachas, que le impresionaron por su coquetería.³

Al mismo tiempo, Miranda anticipó la ciudad descrita más tarde por Rocafuerte cuando se refirió a Filadelfia como ciudad libre y tolerante, una en la cual todas las religiones y sectas son permitidas sea de judíos, sea de protestantes, o sea de católicas. Otro aspecto de la ciudad que atraía Miranda como Rocafuerte a Filadelfia era lo que consideraba el gobierno sabio de la ciudad, algo que también impresionó el insurgente mexicano, José Bernardo Gutiérrez de Lara (1774-1841), cuando llegó allí en 1812 en busca de ideas, apoyo financiero, y aliados para una expedición que alistaba con el objeto de liberar Tejas del control de las autoridades españolas. Gutiérrez de Lara, por ejemplo, se quedó asombrado por la calidad de los hospitales públicos y sus cárceles, junto con varias instituciones culturales que habían ganado a Filadelfia la reputación de ser la Atenas de América, entre ellos el museo de Sr. Peale, famoso por su importante colección de *naturalia*, un recientemente excavado esqueleto de mamut y una serie de retratos de los padres fundadores del país, Franklin, Washington,

Jefferson y demás, según Miranda, servían como dignos ejemplos de virtud política que el nombre de Filadelfia sucedía evocar. Otras instituciones señaladas tanto por Miranda como Gutiérrez de Lara incluyeron la universidad fundada por Benjamín Franklin, con sus lecciones/asignaturas de ciencias, matemáticas, y geografía, aunque es curioso que olvidara hacer referencia tanto a la Biblioteca Pública, la Library Company, establecida por Franklin en 1731, como a la American Philosophical Society, otra iniciativa de Franklin creada para el cultivo y la promoción de la sabiduría útil. Esta Sociedad era y sigue siendo sede de tertulias, debates, y varias reuniones dedicadas a una amplia gama de temas y concurrida además por hombres de letras y ciencias, políticos y comerciantes, tanto norteamericanos como extranjeros. Entre estos últimos estuvo el diplomático español, Valentín de Foronda, quien, después de ser elegido miembro de la institución en 1804, se convirtió en un habitual visitante, y publicó varios de sus descubrimientos químicos en la revista de la sociedad.

Otros aspectos de la ciudad en los que reparó Gutiérrez de Lara y que luego serían incorporados a la representación de Rocafuerte de Filadelfia como ciudad-baluarte de la libertad, fueron su esfera pública y su importante industria tipográfica. Gutiérrez representó a la primera en la forma de un coffee house donde se discutía las noticias del día, noticias como la de la sublevación antimonárquica mexicana que tuvo lugar en el puerto de Vera Cruz y sobre la que preparó un reportaje la *Aurora*, el periódico de Filadelfia que más fervientemente promovió la causa de la independencia hispanoamericana.⁴

La fijación de *La Aurora* en los asuntos hispanoamericanos del momento se debía en parte a los intereses políticos y comerciales de su propietario, William Duane. El de Duane, sin embargo, no era un caso aislado en el mundo de la imprenta en Filadelfia. Gracias a la ya mencionada importancia de los contactos comerciales entre la ciudad y el mundo hispanoamericano, existían también otros impresores en Filadelfia que, al igual que Duane, tenían los ojos puestos en el emergente mercado lector hispanoamericano. En Filadelfia, de hecho, se imprimían a principios del siglo XIX gran número de ediciones castellanas, muchas más de las que se publicaban por entonces en Londres. Entre las obras

3 Francisco de Miranda, *Viaje a La Habana New Jersey* (Barcelona: Lingua Ediciones, 2011), p.34.

4 Diario de José Bernardo Gutiérrez de Lara, Texas State Library & Archives Commission (Austin, Texas): Ms. 2-23/923. Este diario, todavía inédito, está disponible en traducción inglesa como *Diary of José Bernardo Gutiérrez de Lara, 1811 - 1812*, ed. Elizabeth H. West, *American Historical Review* 34.2(1929): 281-294.

impresas en castellano se incluían clásicos como *La Galatea*, *El Quijote*, *El Lazarillo de Tormes*, libros de gramática inglesa, junto con manuales como *El director de los niños para aprender a deletrear y leer* (1811), editado por Mathew Carey, abuelo del famoso historiador de la Inquisición, Henry Charles Lea. Al mismo tiempo, la ciudad contaba con varios impresores de tendencia liberal el mismo Carey, los hermanos Palmer, de origen escocés; un cierto Jean F. Hurtel, todos dispuestos a imprimir panfletos y tratados propagandísticos dirigidos al mercado hispanoamericano, entre los que se contaban una traducción de la constitución norteamericana publicada en 1810, el ya mencionado panfleto revolucionario de Thomas Paine: *El Sentido Común*; y muchas otras impresiones que referiré a continuación. En este sentido Filadelfia funcionaba como una enorme librería, una especie de Casa del Libro combinada con Amazon, todo en uno para el mundo hispanoamericano. Una librería cuyo stock —y acaso esto sea lo más importante— contenía títulos prohibidos por las autoridades españolas, sea en La Habana, Ciudad de México, Caracas, Buenos Aires o Lima.

Esta libertad de prensa, junto con otros ingredientes mencionados anteriormente una urbe próspera, de aire cosmopolita, con una esfera pública abierta y liberal, y provista de instituciones democráticas conformaban los cimientos de la ciudad que evocó el sacerdote ilustrado Miguel de Cabral de Noroña, cuando abrió su tratado redactado e impreso en Filadelfia en defensa de la francmasonería con la frase, “Yo oso levantar mi voz desde las frondosas riberas del Delaware”.⁵ No es de sorprender, por lo tanto, que Filadelfia funcionase como una encrucijada, a la vez trans-Atlántica y trans-hemisférica, y, al mismo tiempo, como un enorme imán que atraía a toda clase de personas inmigrantes europeas en busca de una nueva vida en América del norte; comerciantes en busca oportunidades; diplomáticos y políticos animosos de entablar contacto con los líderes de la joven república, amén de un grupo variopinto de aventureros, disidentes, malcontentos y refugiados, todos deseosos de aprender algo sobre la democracia norteamericana que Filadelfia encarnaba. No es entonces de extrañar que un observador francés la describiera como un arca de Noé, y otro contemporáneo la asemejara a un gran hotel, o lugar de refugio para forasteros [buscando escapar de] las furiosas tempestades del mundo.⁶

La mayoría de estos forasteros eran franceses, pero también los había inmigrantes de España. Entre estos últimos se encontraba Santiago Felipe Puglia. Nacido en Génova de padres suizos, pero educado en el pueblo ligurino de Savona, Puglia arribó alrededor de 1872 en Cádiz. Allí Puglia se desempeñó como comerciante hasta el año 1788, cuando por atrasos imprevistos e irremediables cayó en la bancarrota, y tras pasar un tiempo en la cárcel, en 1790 Puglia viajó a Filadelfia, adonde finalmente llegó en el verano de 1790. Una vez instalado en la ciudad, Puglia trabajó como maestro de idiomas, contador, e intérprete oficial para el Estado de Pennsylvania, antes de convertirse en ciudadano norteamericano. Al respecto, años después Puglia manifestaría que su única patria fue la tierra en donde reyna la verdadera libertad, según decía el inmortal Doctor Franklin.⁷ Aunque no me ha sido posible determinar la fecha exacta, está claro que Puglia ya se encontraba instalado en Filadelfia cuando descubrió los escritos de Paine, escritor al que alabó por su talento poco común, sinceridad sobresaliente, fervoroso deseo de promover la felicidad de los hombres. Las ideas de Paine, además, le sirvieron de inspiración para redactar uno de sus tratados, el *Desengaño del Hombre*.

Impreso en Filadelfia en 1794 por Francis Bailey y financiando en parte por Eduard Genet, ministro del estado francés en Filadelfia, *El Desengaño del Hombre* fue el primer libro impreso en castellano en los Estados Unidos. En él, Puglia lanzó un verdadero grito de guerra contra lo que Puglia consideró el despotismo encarnado en la monarquía española. Justificando su anti-monarquismo tanto en términos bíblicos como en la razón, es decir, en el lenguaje de la Ilustración, en su tratado Puglia defendió la importancia y aún la necesidad de la Democracia, según él, el único sistema de gobierno capaz de garantizar la libertad y la igualdad entre todos los hombres, sean varones o mujeres. En este punto, Puglia se perfiló como un temprano promotor de los derechos de la mujer: Cuando Dios entregó

5 Miguel de Cabral de Noroña, *Reflexiones imparciales sobre la FrancMasonería* (Philadelphia: Thomas H. Palmer, 1818), p. 3.

6 Moré, Charles-Albert, *Mémoires de Comte de Moré* (Paris: Alfonse Picard et Fils, 1898), p. 147; John F. Watson, *Annals of Philadelphia* (Philadelphia: Carey & Hart0, 1830), p. 169.

7 Santiago Felipe Puglia, *El Desengaño del Hombre* (Philadelphia: Francis Bailey, 1794), p. iv.

Eva a Adam, señala Puglia, fue bajo la inteligencia de que fuese su compañera, y no criada o esclava; por consiguiente, declaró que el derecho de un miembro de la pareja es igual al del otro. Más aún, Puglia insistió en la separación entre lo espiritual y lo temporal, lo santo de lo profano, arguyendo que la mezcla entre [ambas esferas], además de fomentar confusión, guerras y destrozos, podía engendrar monstruos como la inquisición...enemigo mortal del Pueblo.⁸ Por lo tanto, no es de sorprender que al llegar una copia del tratado a Nueva España, el Santo Oficio lo condenara, calificando a su autor como aquel que desde un rincón del Orbe, toca su ronca trompeta, para excitar a la rebelión más infame, a la más enorme traición, y a una horrenda Anarquía a los fieles Pueblos de la Nación Española... Tal fue el revuelo que causó el libro, que el ministro español en los EE.UU. intentó sin éxito presionar al Secretario de Estado del país para que éste mandara detener a Puglia. Por su parte, el secretario de la legación española en Filadelfia, ante el hecho y en una actitud más realista reconoció que en un País de libertinaje, como este, y en el que las leyes están de parte del pueblo, no hay otro recurso que hacerse sordos a las desvergüenzas de los insolentes.⁹

No fue Puglia el único insolente que aprovechó de su residencia en aquel rincón del orbe para soltar la caballería contra la monarquía española. Otro, aún más influyente, fue Manuel de Torres y Trujillo (1762-1822). Cordobés de origen, en 1778 Torres y Trujillo se trasladó a Bogotá, donde se desempeñó como un exitoso mercader. En Bogotá, Torres y Trujillo se convirtió además en un asiduo visitante del santuario de Antonio Nariño, nombre con el que Nariño, traductor de la *Declaración de los derechos del hombre*, se refería a su biblioteca, adornada por cierto con retratos de Franklin, Washington, Rousseau y otros sabios, y lugar donde solían reunirse con otros intelectuales para discutir sobre la independencia de Nueva Granada y otros temas afines. Tras ser apresado junto con Nariño por las autoridades españolas en 1795, Torres consiguió escapar, abandonó Bogotá, y un año después, en 1796, se asentó en Filadelfia. En esta ciudad, además de dar clases de español, Torres se dedicó a trabajar como mercader especializado en el comercio entre los Estado Unidos e Hispanoamérica. También se convirtió en amigo íntimo del propietario del ya mencionado periódico *La Aurora*, en el que contribuyó con más de un artículo anónimo a favor de la causa independentista.¹⁰

Mientras tanto, la casa de Torres se convirtió en sede de las reuniones del llamado círculo de Filadelfia.¹¹ Todo indica que se trataba de una tertulia, inspirada en las que organizaba Nariño en Bogotá, frecuentada por muchos de los refugiados hispanoamericanos que a partir de 1809 y 1810 empezaron a llegar en números cada vez más grandes a la ciudad. Entre ellos se contaba el arequipeño Manuel Lorenzo de Vidaurre (1773-1841). De regreso en Perú, Vidaurre evocó en uno de sus escritos el ambiente del círculo de Filadelfia: “Recuerdo con placer los días que pasábamos en Filadelfia, estudiante las letras de aquel país y venerando sus costumbres. ¡Sus costumbres! Las santas reglas enseñadas por los padres forman el primer y más preciado libro”.¹²

Nos faltan detalles sobre las tertulias que organizaba Torres, pero todo indica que su agenda de trabajo era bastante más flexible que las del plan Bolonia. Algunos asistían al círculo solo para mejorar su inglés; otros, como Vidaurre, para aprender algo sobre la democracia y su funcionamiento. Otros esperaban encontrarse con potenciales insurgentes, intercambiar ideas y maquinan conspiraciones, algunas quiméricas, contra los españoles. Más importante aún, los había también que iban en busca de establecer contacto con ricos mercaderes filadelfianos, dispuestos a venderles armas y municiones. Muchos de los asistentes a las tertulias aprovechaban además los contactos y los fondos de dinero que

8 *Ibid.*, pp. 69, 88-89.

9 Citado en A. Owen Aldridge, *AA Spanish Precursor of the Age of Reason Papers on French-Spanish-Spanish-American-Brazilian, Literary Relations*, ed. Marie A. Wellington (Modern Language Association: Elmhurst, Ill., 1968), p. 1; Merle E. Simmons, *Santiago F. Puglia, An Early Philadelphia Propagandist for Spanish American Independence* (Charlotte: University of North Carolina Press, 2018), pp. 42, 48.

10 Para su vida, véase a Charles H. Bowman Jr., *A Manuel Torres, a Spanish American Patriot in Philadelphia, 1796-1822*, *Pennsylvania Magazine of History and Biography* 94:1, (1970): 26-53.

11 Pedro Grases, *Preindependencia y emancipación: Protagonistas y testimonios* (Barcelona: Seix Barral, 1981), p. 280.

12 Manuel Lorenzo de Vidaurre, *Cartas Americanas*, ed. Alberto Tauro (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1973), p. 385.

manejaba Torres para contratar con impresores experimentados, e imprimir obras propagandísticas para distribuir en América del Sur.

Fueron muchas las obras así impresas, demasiadas para mencionarlas todas, pero entre las más importantes se contaban el tratado (1811) escrito por el amigo de los hombres quizás, el cubano José Álvarez de Toledo, dirigido a los americanos desde las fecundas y pacíficas riberas del Delaware y dedicado a la promoción de la libertad civil, el buen gobierno y el fin de la intolerancia religiosa; la traducción de Paine realizada por el venezolano Manuel García de Sena (1812); el anónimo *Manual de un republicano para el uso de un pueblo libre*; *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*, por Juan Germán Roscio, otro venezolano, además de una nueva edición de la *Breve Historia de la Destrucción de las Indias de las Casas* preparada por el aventurero novohispano, Servando Teresa de Mier, y varios más.¹³

En este sentido la casa de Torres era una verdadera colmena de actividades diversas, pero desde el punto de vista de Luis de Onís, a la sazón ministro español en los Estados Unidos, una donde se reunían varios insurgentes y revolucionarios sudamericanos.¹⁴ Un agobiado Onís hacía todo lo posible por vigilar las actividades de los miembros de este círculo y, según un reporte, llegó a reclutar asesinos para matar a Torres en 1814. En el caso de dos de sus miembros, Álvarez de Toledo y Cabral de Noroña, Onís consiguió convencerlos de que regresaran al bando monarquista, a cambio de promesas, premios y un perdón real. Pero en definitiva el infatigable ministro estaba remando a contracorriente contra la política independista y republicana en la ciudad. Tal fue la impresión que Gutiérrez de Lara se llevó en 1812, cuando, al llegar a Filadelfia noticias de que los insurgentes mexicanos habían entrado a Veracruz, comentó en su diario “yo estoy admirado por el grandísimo regocijo q por esto han hecho todos los de esa ciudad”.¹⁵

Por último, sobre el individuo que hizo más que nadie por nutrir esta imagen de Filadelfia, Manuel de Torres, aún hay mucho que aprender. Los demás integrantes del círculo de Filadelfia fueron y vinieron, pero Torres se quedó, en su casa de la calle 10, hasta que se trasladó a otra ubicada en las afueras de la ciudad, unos pocos meses antes de su muerte, acaecida a la edad de 59 años, en julio de 1822. Para entonces, además de haber sido nombrado chargé des affaires con los Estados Unidos por el nuevo gobierno de la Gran Colombia, Torres había adquirido la reputación de ser El Franklin de América del Sur. Según un periódico, tal era su importancia y reputación que su cadáver fue acompañado por varios centenares de soldados, oficiales del ejército y fuerza naval, autoridades municipales, amén de una muchedumbre de ciudadanos de alta sociedad, es decir, el mismo grupo que apoyó las actividades de Torres durante su estancia en la ciudad, y que hicieron de Filadelfia aquella famosa ciudad que Rocafuerte celebró.

Hay más, mucho más que investigar sobre la relación que Filadelfia sostuvo tanto con España como con sus territorios americanos. Pero esa investigación tendremos que aplazarla para otro día. Por ahora, Sra. Rectora, quiero agradecer de nuevo a la Universidad Autónoma de Madrid por honrarme de modo tan singular. También me gustaría demostrar mi profunda gratitud a la Facultad de Filosofía y Letras, junto con los dos departamentos —el de Historia Moderna y el de la Historia y Teoría de Arte— y particularmente a mi padrino, Antonio Álvarez-Ossorio, que me han propuesto para esta investidura en la presencia de amigos y colegas de toda la vida que veo aquí.

Muchísimas gracias.

13 *El amigo de todos los hombres: A todos los pueblos que habitan las islas, y el vasto continente de la América Española: Obrita curiosa, interesante, y agradable* (Philadelphia: Andres José B. locquerst, 1812). Para la imprenta A española en Filadelfia, veáse Rodrigo Lazo, *Letters from Philadelphia. Early Latino Literature and the Trans-American Elite*. Charlottesville: University of Virginia Press, 2020).

14 Angel del Rio, *La misión de Don Luis de Onís a los Estados Unidos, 1809-1819* (1981), p. 72.

15 A Diario de José Bernardo Gutiérrez de Lara, Texas State Library & Archives Commission (Austin, Texas): Ms. 2-23/923.